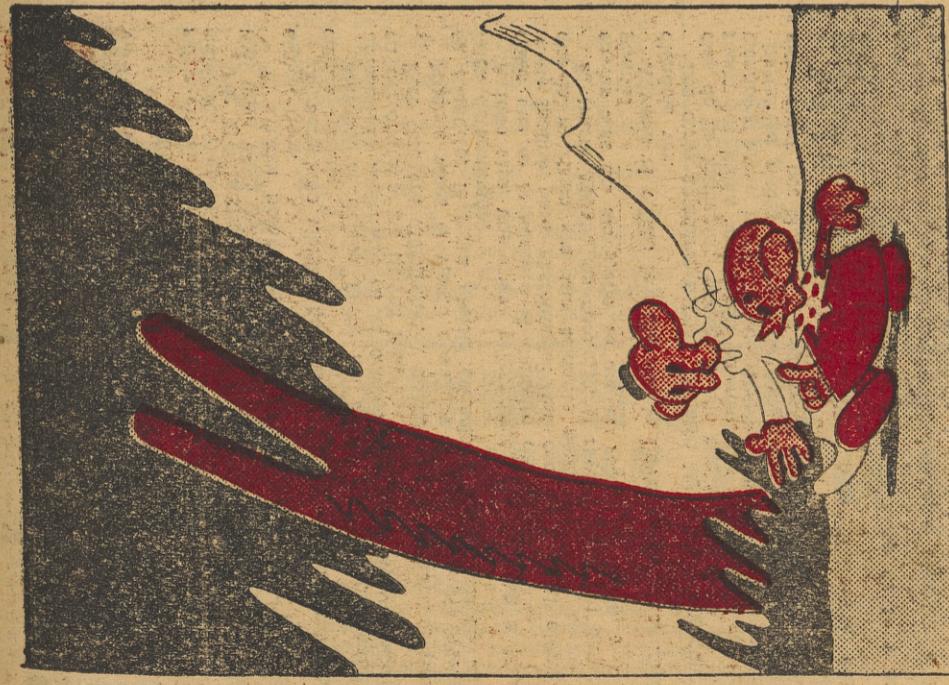
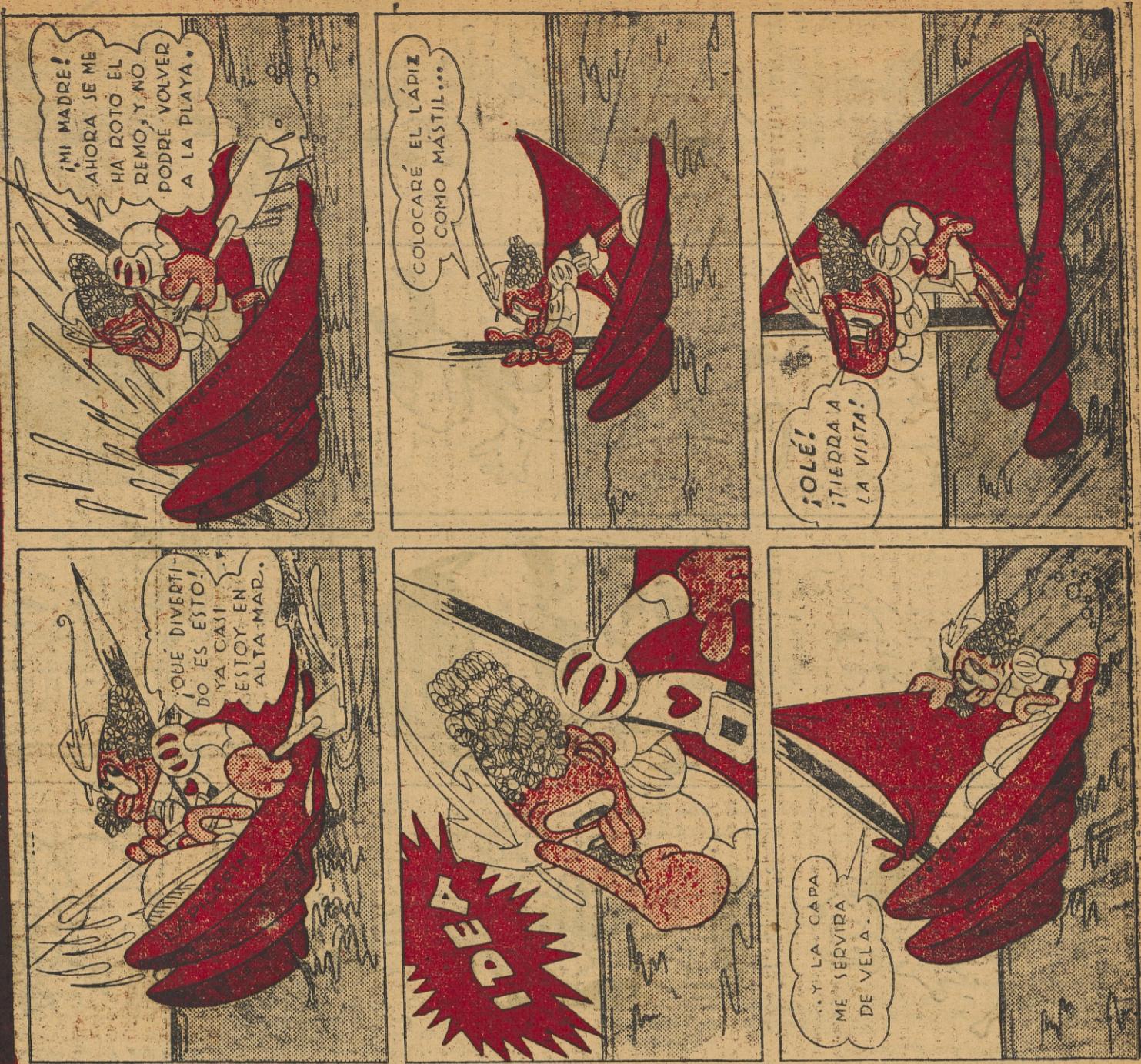


EL DE OUE

Imprenta Jornada

AÑO III • VALENCIA 9 SETIEMBRE 1943 • NÚMERO 90

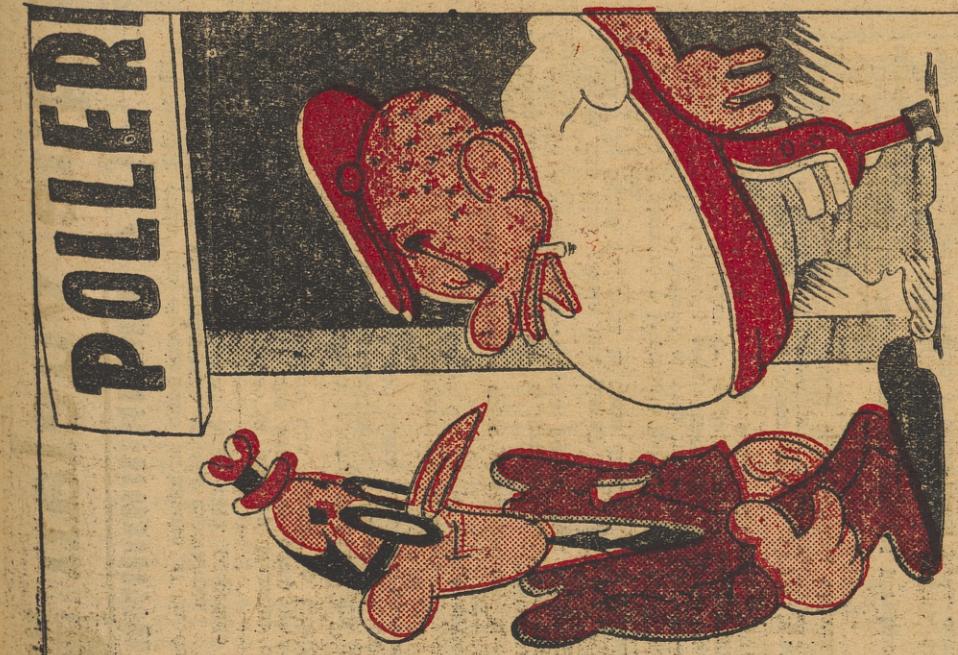
WICEDW. RÍPULAS DE PATIN



- ¿Cómo se cura radicalmente a un enfermo que padezca del corazón?

- Vendandole los ojos con un pañuelo, ya que "ojos que no ven, corazón que no siente".
(Texto remitido por LUIS ALEXANDRE PERIS 9 años VALENCIA)

- ¿De modo que no le quedan a usted ni gallinas ni patitos?
No. Solo me queda una pata.
(Texto remitido por JOSÉ ROCA
12 años - VALENCIA)



- Bien y dónde naciste?
Dues, en mi casa
(Texto remitido por MANOLIN CARRASCOSA
13 años - VALENCIA)

- Oye, «DEOUI» ¿Dónde vives?
Dues, donde nací.

JUEVES, 19 de Septiembre de 1936
VIENTO
General de la Armada
al Los Pobres
le Prove
supúzcoa
a plaza
Gobernado
el Movim
ntación
presid
io; Al
bos de Pa
lente y otr
También
espacios
Exteriores
llar, del
ación de
ruidas da
El Gen
el conde
y le a
colonia, con
la, le rin
Estado r
pitada co
dado co
autorida
les, se di
de los C
la ben
tada pa
por los h
ticas mu
muchach
es de la
remeros,
Baleares
fue aco
Comment



UN MOSQUETERO

La Colaboración JUVENIL



Álbum de Honor

LOS TRES «GERDITOS»



Vicente Valls, 10 años.
Burjasot (Valencia).



Salvador Muñoz, 13 años.
Valencia.



José Sánchez, 11 años.
Valencia.



José Sánchez, 11 años.
Valencia.



B O X E O

Gasper Quintanilla,

13 años. Valencia.



MADAME BUTTERFLY

Juan José Campos, 9 años.
Valencia.



Juan Jarque, 11 años.
Valencia.



Miguel Casaña, 13 años.
Valencia.



Ricardo Quiroga, 12 años.
Valencia.



Carmencita Alapont,
10 años.
La Clariana (Valencia)

R E P O S O

Ricardo Quiroga, 12 años.
Valencia.

Ricardo Quiroga, 12 años.
Valencia.

Amparo Noguera, 13 años.
Valencia.

Carmencita Alapont,
10 años.
La Clariana (Valencia)

Los hombres que vuelan

(Continuación)

sufrió en las montañas del Ródano, se sentía dispuesto a desafiar los elementos.

Por la inmensa bóveda del cielo, corrían rápidas las nubes, unas veces en masa, otras dispersas.

El aviador notaba los efectos de aquellos rápidos cambios atmosféricos.

El avión vibraba bajo la acción del viento como una cuerda tensa.

El aviador se dejaba llevar sin miedo ninguno, procurando únicamente sostenerse en el camino que había de conducirle en dirección a las tierras italianas.

Pero esto era difícilísimo, y no siempre lo podía conseguir.

Muchas veces el viento apartaba el avión, sin que a su conductor le fuera posible evitario y mantenerse en una línea determinada.

A todo esto, una grave preocupación atormentaba a Marchal: que se le acabara el depósito de gasolina.

Se inclinó para examinarlo, vió con la habitual alegría que la provisión era aún bastante abundante.

El trueno rodaba sin descanso, el rayo brillaba sin parar; en las alas del avión se oía el robo del agua, y del granizo.

A veces el viento le daba con la lluvia en la cara, impidiéndole ver.

Los otros aviadores sufrían también las fatigas consecuentes de la tormenta: habían tenido que disminuir la velocidad, arrastrado en distintas direcciones, ya hacia abajo, bajando hacia la superficie del mar, ya soplándoles hasta las nubes blancas que pasaban, espesas y pesadas, aliviadas por el rayo y segarradas por monstruosas zisas.

Y el mar respondía a aquella colera celeste, abriendose en abismos, levantándose en montañas, para deshacerse después en espuma, con su fuerza indomable.

Marchal, inclinado, infinitesimal, se batía lleno de fe y esperanza contra el torbellino.

Su aparato resistía divinamente, dejándose conducir a lo lejos, sobre el mar, hacia la playa.

Por Levante aparecieron las primeras luces de la aurora.

Era aquella una luz pálida, monótona, casi finahebre.

Las nubes adquirieron por su influjo una blanca espectacular.

El mar tomó su tinte liviano y se cubrió de espuma en cuanto alcanzaba la vista.

A distancia, aparecieron unos puntos negruzcos. Era una banda de pájaros que revoloteaban alrededor de un dirigible, que parecía presa de la tempestad.

¿Quién iría en él?

Se inclinó hacia el mar.

Le pareció ver un hombre que se debatía entre las olas; la espuma se levantaba en grandes masas; el rugido de las aguas subía hasta el cielo; era un estrepito constante, ensordecedor: Marchal dejó de ver el mar bajo sus pies.

Una nube muy espesa, una nube tan baja que rozaba las olas, le había envuelto en su torbellino; Marchal se vió entonces más solo que antes, y empujado hacia un punto inaccesible.

Entonces tuvo miedo.

¿Dónde iría a parar? ¿Le duraría la esencia, hasta que pudiera hacer pie sin peligro? La nube, espesa, humecta, le envolvía por todas partes.

Era preferible ver el mar, oír su voz amenazadora, a errar en la sombra, ciego, presa de la tormenta, que le arrastraba con sus garras monstruosas.

No tenía más compañero que el taifal del motor; el rumor de las aguas llegaba hasta él, definitivo a través de aquella nubosa muralla, y se sentía perdido en aquél catáclismo que había cambiado aquella región del mar Tirreno en una fosa infernal.

Por fin cesó el trueno, pero el viento seguía soplando impetuoso.

De repente, Marchal vió delante un avión; era muy parecido al suyo en los menores detalles, en todas sus partes, aunque algo más grande.

Pensó en seguirlo, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¡Bonardi! —gritó con violencia, levantando el puño.

Entonces soltó una carcajada.

—¡El espeluzno! —murmuró— ¡Y vuelve el buen tiempo!

Misteriosamente, era el espeluzno; ese extraño fenómeno de retroacción que a veces se produce en las capas árticas.

El aviador creía que el espeluzno anunciable, el fin de la tormenta; pero se vio chasqueado en sus esperanzas. El avión voló aún durante largo rato, precedido por una imagen.

Una ráfaga de viento dispersó la nube, y Marchal pudo distinguir una sombra espesa que avanzaba como un velo funerario sobre el mar, formando una especie de temblorosa barrera.

Una ráfaga brusca y giratoria le empujó hacia ella y no fue ni remotamente posible subsistir a su acción.

Las sacudidas se sucedían con tanta violencia que temió que su avión dijera la noche.

Una vez se halló casi en contacto con el agua. Un chirrido de agua salobre le dio en la cara al aviador. Luego, una borrasca volvió a coger el avión y lo elevó en el aire.

Como un agujero llenado por la tormenta pasó por encima de una tierra monacal, rodeada por el mar a la distancia y sinistra.

¿Sería una isla? ¿Sería una playa? No pudo darse cuenta exacta y se figuró que sería la costa de Corea probablemente un Cabo.

Delante de él se hallaba el velo negro, vendido como un obstáculo que le impedía seguir más allá. A pesar de las ráfagas de viento, a pesar de la agitación de la atmósfera, aquello peligroso no se había desgarrado.

Una vez se abrigó nuevamente, como si protegiera irremediablemente hacia la nube el avión.

Después de recorrer una media milla apenadas, Marchal se volvió en el lugubre velo.

El cielo parecía amenazador. Las nubes eran pesadas, compactas, surcadas por frecuentes relámpagos.

En medio de aquél caos anduvo errante el hermano, arrastrado unas veces hacia adelante, y otras hacia atrás, como si se hallara defendido por una tromba marina.

De pronto, Marchal, sin poderlo remediar, dió un grito de terror; bajó sus plantas, a pesar del rumor de las aguas, oyó un sibilo rompe, prolongado, salvaje, penetrante; después emitió tres columnas negras, largas y estrechas, llenas por la luz de los relámpagos.

En el angustiado espíritu del aviador surgió la convicción de que le amenazaba un nuevo peligro.

Eran trombas marinas. Primero se le cerraron los ojos ante la idea de un fin fatal.

Perdida toda esperanza, se dejó llevar ciegamente en brazos del destino.

El avión, cogido aquí y abandonado allá, con la impenitencia de un bólido, se veía arrastrado hacia las trombas.

Marchal estuvo a punto de abandonarse, rendido, en aquel infierno que le amenazaba.

Giraba alrededor de las columnas, pasaba rozándolas y huyendo de la tormenta. La cabeza le daba vueltas, y una indecible angustia se apoderaba de él.

Intentó acelerar aún más el motor y reaccionar contra la violencia del huracán, pero lo consiguió.

Perdida toda esperanza, se dejó llevar entoncés sin voluntad. Y sin fuerzas para seguir.

Marchal se sintió arrastrado por una de las trombas.

La violencia con que el avión chocó con aquella masa bastó para derribar la gigantesca columna, la cual, deshecha ya, cayó con el espíritu que hace un audaz al rotar por la cabeza.

Experimentó la misma sensación que si hubiera sufrido una calda, y después un impulso, como si una mano formidabla le inmobilizara a su avión una velocidad prodigiosa.

Dos segundos después se debatía en medio del mar, en un trío y vuelo de oas, levantados violentamente.

Un avión se había salvado gracias al empulso del viento, suave, suave, habla amanecido.

Arrasado a cincuenta metros de distancia, no había recibido más que una fina parte de la tromba, que se había deshecho detrás de él con el estruendo de una catarsis.

Una ola inmensa levantó el avión y le llevó hacia ade-

(Continuará)

REVOLTELLA



AMIGUITOS DE "EL PEQUE"

264 Alejandro Guillén, de Valencia.	274 Matildín Castillo, de Valencia.
265 José Miguel López Gallego, de Cartagena.	275 Manolo Rodríguez, de Valencia.
266 Armando Sáez de Caudete de las Fuentes.	276 Antonieta Gatell, de Valencia.
267 Ricardo Jover Miralles, de Valencia.	277 Flinita Martínez.
268 Ángel Urálde, de Vitoria.	278 Rafael Sala Navarro, de Valencia.
269 J. Luis Carrón, de Valencia.	279 Jorge García Cuences, de Valencia.
270 Rafael Bañuls, de Valencia.	280 Jesús Fernández Llorente, de Zaragoza.
271 Carmen Ibor Ridaura, de Valencia.	281 Juan José Marchord, de Valencia.
272 Nieves Guerrero, de Valencia.	282 Gonzalo Boronat Berbera, de Valencia.
273 Rafael Negro Pastor, de Valencia.	283 Enrique Navarro, de Valencia.
Apenas asomaron los cuernos los primeros, una lluvia de piedras salió de la cueva, y los dejó paralizados por la sorpresa. Había resistencia, cosa que no esperaban ni un solo muñequito.	

ADIVINANZAS

—¿Cuál es el mes en que más hablan las mujeres?

—El mes de febrero.

—Una casita bien blanquita

—Sólo tiene puertas ni ventanitas

—Solución: El huevón.

—En qué se parece una

—Guindilla al albaricoque?

—En que los dos pican.

—Vicente Bonilla.

—13 años. Valencia.

—(Continuará)

Todos ellos deberán enviar

a esta Redacción —Pintor So-

olla, 10— dos fotografías ta-

maña carnet juntamente con

una nota en la que conste el

ombro + dos apellidos, fecha

de nacimiento y domicilio pa-

ra extenderles el oportunuo

carnet.

Asimismo los que residan

c fuera de esta capital deberán

enviar un sello de franqueo

para el envío por correo de

la tarjeta.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de la paciencia?

—Meter una alpargata en una jaula, y esperar que cante.

César Simón Gordo, 10 años. Valencia.

—Cuál es el colmo de una modista?

—Coser las faldas de una montaña con los hilos de la Eternidad.

Ángel García, 12 años. Valencia.

CHISTES

—¿Qué ha sido esto?

—Que han atropellado a este

pobre ciego.

—El tiene la culpa. Si es

ciego, ¿por qué sale de noche?

—Ámparin Noguera

13 años.—Valencia.

—Hombre, cuánto tiempo

sin vernos. ¡Has estado enfer-

mo!

—No. El que estuvo enfermo

es mi médico, y por eso no he

salido de casa.

—Ámparin Noguera

13 años.—Valencia.

—Seguramente no le habrá

hecho mucha gracia la visita.

—¿Qué no? Pues me parece

que se equivoca. Si no hubiese dicho

lo que me dijó.

—¿Qué fué eso?

—Que volviera otro día.

—¡Eso no es nada! Yo he to-

nado un vino tan viejo, que ya estaba arrugada, la botella.

A CUAL MAS VIRIO

—Amigo, he tomado un vi-

no añojo de más de cuarenta

años.

—¡Eso no es nada! Yo he to-

nado un vino tan viejo, que ya estaba arrugada, la botella.

LA RUECA

La Virgen hilaba,
la dueña dormía,
la rueda giraba
locamente alegria.

Cordero divino,
tus blancos vejigones
no ignalan al lino
de mis ilusiones.

Gira, rueda mía;
gira, gira al viento,
que se cerca el dia
de mi casamiento.

Gira, que hafafina,
cuando el alba canle,
la cara campana,
llegará mi amante.

Hija, con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el amado
que alaltar me lleve...

La rueda, cantaba;
la dueña, dormía;
y sólo se oía

La voz crepitante
de la lana seca
y el loco y constante
girar de la rueca.

Maria Ventura
11 años. Valencia

Un hombre le dice a su hijo

que Adán y Eva estaban so-

los en el mundo.

—Y el niño le contesta:

—El sable.

—No, nombre, no; el sable

termina en punta.

—Angel Garel,

12 años. Valencia.

—Un hombre le dice a su hijo

que Adán y Eva estaban so-

los en el mundo.

—Tendrán miedo a los la-

drones.

Angel García,

12 años. Valencia.

viene la aviaciòn!! —gritó desorientado el enanito— Quiere preocúpate —respondió heroicamente Lapicerin—, ¿no ves que estamos ya en un refugio? Trae cerin!! —yo ves que estamos ya en un refugio? Trae más piedras.

—No quedan. —¿Qué dices? —¿Qué no quedan piedras? —Y qué hacemos ahora?

—Huir —dijo consternado el enanito—. Aquí hay una puerla falsa.

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los otros del enanito se dilataron hasta parecer dos relojes de un tamaño bastante grandecito. Había tenido una idea genial, y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—Si arranca los dientes que hay por ahí.

—No podré. Están muy bien clavados.

—No importa. Rompeles la punta del medio, y co

struyó un arco magnífico.

Los tridentes le sirvieron de flechas; y al poco rato, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

El enano se dispuso a obedecer, y mientras tanto, Lapicerin arrancó el rabo de su vestido de diablo, y aprovechando que la madera de su lápiz era flexible, construyó un arco magnífico.

—Una idea?

Los

También se oponían a los viajes de bomba en el campo.

Porque no querían que se quedara nadie.

Aunque no se oponían a los viajes de bomba en el campo.

El rico ambicioso y el indio hambriento

En cierto lugar vivía un rico ambicioso y avaro, que poseía una enanita fortuna amasada con el sudor de su amado trabajo.

—Supongo que no habrás comido —le dijo.

—No, señor: desde ayer por la mañana, se me acabó el ultimo bocadillo que tenía, y desde entonces, no he comido nada.

—Bueno, aquí tienes todos estos manjares exquisitos, incluyendo el rico de nuestro cuento, un corazón de piedra, y no hacia caridad a nadie.

Si alguien llegaba a sus puertas en demanda de socorro, se ponía colérico y blasfemaba como un condenado. Ante semejante actitud, los menesterosos abandonaban, en silencio, aquella casa inhumana y sin caridad.

Pero, como dicen, el que no cae rebasa o si no rebalsa tropieza, y, al cabo no hay la gana que no tenga su desquite. El sujeto en cuestión, fué objeto de una bromita, tan divertida, como ingeniosa. Aceróto-

lugar al pueblo, no sabemos de qué lejanas montañas, un pobre indio, con todo el vestido

deseñado y al parecer muy

tonto.

Como le encontraron en la calle algunos chicos, a quienes pidieron dinero para comer,

estos le dijeron: «Nosotros no tenemos nada, pero si quieres tener un magnífico almuerzo,

ve corriendo a aquella casa,

que, en estos momentos, está en el dueño almorcando.

Naturalmente que aquéllos

le dijeron ese informe para

deshacerse de él. ¡Pues sabían

que el rico avaro no era bute-

ro ni con sus mismos padres

que le echaron a este pícaro

mundo.

Llegó el indio a casa del rico,

en los precisos momentos

en que este estaba almorcando.

—Buenos días, señor —dijo

el rico no contestó, le diri-

gió una mirada de repugnan-

cia y continuó comiendo,

—Buenos días, señor —vol-

vió a repetir el indio.

—¡On, señor! —le dijo al

indio, impereceptiblemente.

—¿Quéquieres? —le dijo

este disgustado, pensando que

le iba a pedir algo.

—¡On, señor! —¡Cuánto val-

drá un pelotón de oro así! Y

le hizo la señá con ambas ma-

nos.

Al rico, que como hemos di-

cho ya, era ambicioso, al oí-

mencionar la palabra oro, le

creyó que querían los otros, se le

vanó precipitadamente. Y di-

rigiéndose a la puerta, donde

estaba el indio, le hizo pasar.

Al rico, que como hemos di-

cho ya, era ambicioso, al oí-

mencionar la palabra oro, le

creyó que querían los otros,

se le vanó precipitadamente. Y di-

rigiéndose a la puerta, donde

estaba el indio, le hizo pasar.

clusivo los postres, que son ex-

celentes de cariño, sentándose,

en seguida, a la mesa.

El pobre indio no hallaba

pelotón de oro. ¿Dónde lo ha-

nado? Enseñámoslo.

—Ah, no, señor. Pues si no

lo tengo agarrado. Pues si es...

paa... cuando lo traiga.

De más está decir que si el

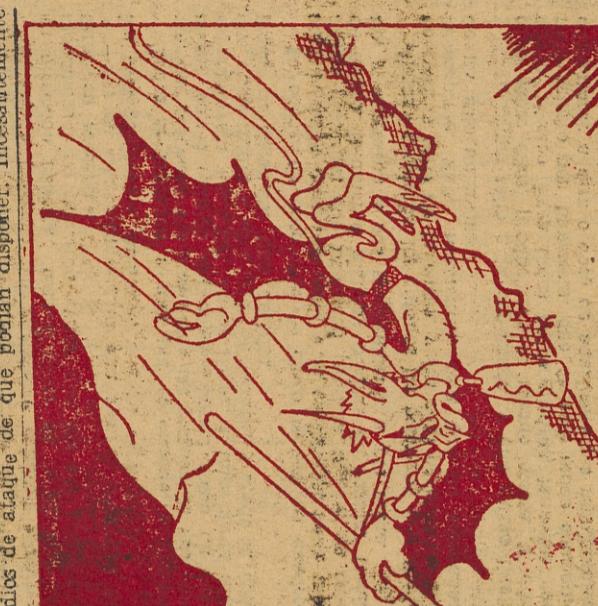
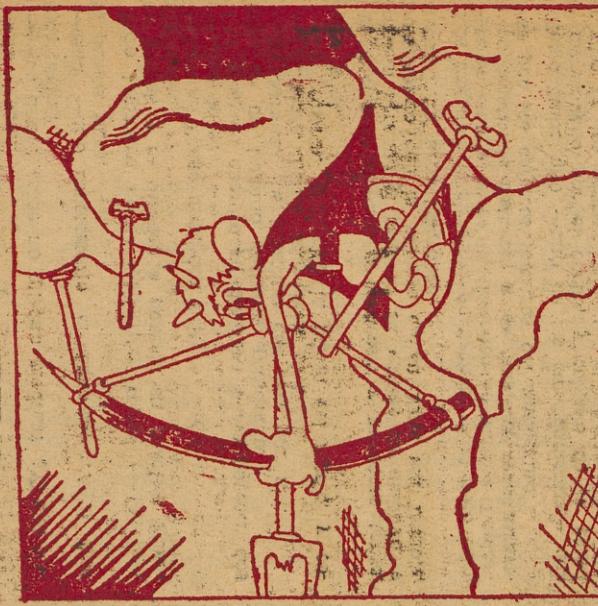
Indio no sale de su stampa, le

muele a patos el rico santo.

Cierra el libro.

—Bueno, señor. Ya me voy.

UNA ALFOMBRA ODORÍFERA



Un fogonazo terrible les deslumbró, y les hizo caer sin sentido. ¡Qué escenario! Sencillamente; que debajo de la

pared había un sofá de terciopelo rojo que despidía un sabor agradable.

—¡Ay! —exclamó el rico.

—¡Ay!

—¡Ay!